

## UNA ROSA BAJO EL SIGNO DE ORTEGA

PARENTE, Lucía: *Rosa Chacel lettrice di Ortega y Gasset*. Milán: Mimesis, 2017, 272 pp.

ANDREA BAGLIONE  
ORCID: 0000-0002-1863-2765

Un prólogo, dos capítulos introductorios, cinco traducciones de ensayos “orteguianos” y una sección final de “fragmentos” (dos entrevistas); a partir de su estructura, el volumen de Lucía Parente *Rosa Chacel lettrice di Ortega y Gasset* parece rendir homenaje a ese gran movimiento renovador que caracterizó la España de los años 20 y 30 del siglo XX y del que Rosa Chacel representó, en ámbito literal, una de los más destacados miembros: la Vanguardia. Casi un libro-*collage* entonces, a la manera de los que, en los últimos años diez y en los primeros veinte del mismo siglo, publicaba el gran promotor del vanguardismo español, Ramón Gómez de la Serna, para Chacel inimitable genio y funámbulo de aquellos felices tiempos. Hilo conductor de toda la obra –si se quiere encontrar uno–, ese fugaz y fecundo entramado de recuerdos que constituye una de las más poderosas herramientas de la que dispone el ser humano para llegar a una honda conciencia de sí mismo: la memoria, punto de arranque de cualquier construcción o creación, sean estas biográficas o literarias. Es ante todo a través de la memoria que, en los cinco ensayos recogidos y traducidos en este libro en los que la escritora vallisoletana se enfrenta con el recuerdo y la siempre viva voz de su maestro, la figura y el pensa-

miento de Ortega se yerguen como médula y acicate de la literatura y de la visión del mundo de su “rara” discípula, haciendo que esos cinco breves textos rezumen una savia filosófica de declarado cuño orteguiano.

Una discípula muy diferente de las otras y los otros porque, como cuenta ella misma, empieza a zambullirse en el pensamiento de Ortega lejos de su presencia, lejos de Madrid y de España; es justo en Roma, en efecto, donde la autora, desde 1921, empieza a leer los artículos de periódico y los primeros libros del filósofo –las *Meditaciones del Quijote* y *El espectador*–, dejándose atrapar enseguida por su prosa y por su programa existencial. Discípula insólita también por otra razón: autodidacta, sin formación universitaria y sin embargo activa en ese mundo de la vanguardia española, como atestigua la publicación en 1922 de un ensayo titulado “Las ciudades” en la prestigiosa revista *Ultra*. Además, propensa a la reflexión intimista y amante de la escultura y del arte clásicos –que luego abandonará por demasiado clasicista en un tiempo anticlásico–, cuya tríada “luz, verdad y forma” inspirará toda su vida.

Entre 1925 y 1926 escribe su primera novela breve, *Estación. Ida y vuelta*. Este libro es la patente demostración de cuán determinante e influyente fue la filosofía de Ortega y sus reflexiones sobre el arte y la novela –en particular, los ensayos *La deshumanización del arte* e *Ideas sobre la novela*– para nuestra autora y para su generación. Sin embargo, lo que hace Chacel en este primer texto

### Cómo citar este artículo:

Baglione, A. (2018). Una Rosa bajo el signo de Ortega. Reseña de “Rosa Chacel lettrice di Ortega y Gasset”, de Lucía Parente. *Revista de Estudios Ortegaianos*, (36), 186-188.  
<https://doi.org/10.63487/reo.274>



—que será publicado solo en 1930 y cuyo primer capítulo se publicó en la *Revista de Occidente*— no es simplemente hacer gala de sus estudios y de su conocimiento del pensamiento del maestro; ella va mucho más allá, creando un personaje —y no una historia, en contraposición con la novelística decimonónica— en cuyo flujo de pensamientos y reflexiones la razón vital orteguiana vive su propia vida y se manifiesta como algo viviente, como una incesante búsqueda de la verdad, un anhelo nunca satisfecho de conocimiento e indagación de la realidad y de sus misterios. El tan conocido lema orteguiano “Yo soy yo y mi circunstancia” se convierte entonces en literatura, en personaje novelable. Como subraya Parente, en esta narrativa donde la frontera entre literatura y filosofía es casi imperceptible, la segunda se convierte en el “plancton” de la primera, en esencia latente, en sustancia vital para unos personajes siempre en vilo entre realidad vivida y contada, cuyas introspección e interiorización de lo vivido no manifiestan nada más que el continuo ir haciéndose —el continuo “drama”, empleando un término orteguiano— de su propia circunstancia.

Tanto la vida como la obra de Rosa Chacel, “austera scrittrice dell’avventura intima” (p. 85), serán entonces inseparables de la reflexión filosófica; en su “aventura” existencial, la escritora asumirá siempre la perspectiva del naufrago, del ser humano insuficiente a sí mismo y lacerado en su condición existencial de perpetua búsqueda y sondeo del alma humana —es decir, de su propia alma— y de la realidad que la rodea, a

sabiendas de que cada detalle, incluso los más aparentemente nimios e insignificantes, participan en el hacerse y en la formación nunca definitiva de nuestro ser. En esta condición de crisis y de duda incesante, la razón vital orteguiana ilumina el camino de la verdad con su luz “luminosa y brutal”, abriendo un abanico de posibilidades antes inesperadas y, al mismo tiempo, imponiendo el rigor teórico y la tenacidad de su idea y planteamientos; un camino, sin embargo, siempre por hacer, y que cada uno tiene que emprender solo y con su propia e irrepetible circunstancia. La búsqueda de la verdad, entonces, no es nada más que un acto cargado de *eros*, un acto de amor y apertura hacia el otro que (aún) no somos, hacia nuestra más auténtica esencia y realidad.

Estos planteamientos no solo no dejarán nunca de vertebrar —más o menos explícitamente— la literatura chaceliana, sino que atestiguan de manera inequívoca la honda huella y la viva presencia de la figura de Ortega en la obra y en la existencia de su discípula, que empezará —no sin dificultades e incomodidades— solo en 1927 a acudir a las reuniones de la tertulia de la *Revista*, incorporándose de esta manera —aunque sin perder su característico marginalismo debido a su origen provinciano pequeño-burgués y a un no fácil carácter (como también atestigua su hijo Carlos Pérez Chacel en la jugosa entrevista que cierra el volumen)— a la hirviente vida intelectual del Madrid de los últimos años 20. El magisterio de Ortega y su honda huella, volvemos a subrayarlo, revividos a través de la memoria, representan el eje de los cinco ensayos

–publicados entre 1937 y 1983– que Parente presenta traducidos en este volumen, precedidos de una introducción histórico-filosófico-biográfica –“Rosa Chacel y su circunstancia”– que la estudiosa italiana traza en los dos primeros capítulos del volumen, un hondo y articulado preámbulo necesario para quien quiera enfrentarse con la voz de la escritora con todo conocimiento de causa.

En estos escritos chacelianos, se deduce que la enseñanza del maestro no se manifiesta a su discípula solo como *lógos*, sino como presencia en el mundo, como adhesión concreta a la realidad, como posibilidad de cambio y de multiplicación de perspectivas desde las que mirar las cosas. En Ortega, en su persona y en su obra, lo pensado y lo vivido son esencialmente dos caras complementarias de la misma medalla: el primero, percibido en su acaecer, en su viva manifestación; el segundo, en su valor poético y tras-

cedente. Estos ensayos revelan entonces lo que es y lo que significa, para la escritora vallisoletana, un maestro: un intelectual comprometido con la causa de la verdad, cuya obra no es nada más que la manifestación de su propio ser; un ejemplo, claro está, mas, sobre todo, alguien que, en lugar de enseñar rígidas verdades, haga que sus discípulos aprendan a ser sí mismos, persiguiendo el sentido siempre por hacer de su vocación.

Para terminar, Rosa Chacel, como se infiere de las páginas de este volumen, fiel y crítica discípula, no solo aprendió de la obra y de la persona de Ortega, sino que “vivió orteguianamente”, haciendo de la razón vital el “tono” y “estilo” de su existencia, dejando que la palabra orteguiana –siempre viva, palpitante y corpórea– alumbrase la continua y nunca acabada conquista de su propio ser y de su circunstancia.